

LA REPÚBLICA, SEGÚN JOSEP PLA **»** *El artículo*

# La cuestión del Estatuto



ARCHIVO

Campana del plebiscito a favor del Estatut de Catalunya de 1932 dirigida a las mujeres catalanas

Josep Pla dedicó tres artículos a comentar la aprobación del Estatut de Catalunya en el diario *Las Provincias*. A continuación, publicamos el último de ellos (28 de mayo de 1932), que cierra sus reflexiones y mantiene una insólita actualidad

Creo que en los dos artículos anteriores hemos demostrado dos cosas claramente: de una parte, que para los catalanes el problema del Estatuto afecta a la misma entraña del régimen, hasta el punto de que esta política ha podido ser presentada en Cataluña como basada en un mutuo compromiso; del lado opuesto, hemos tratado de hacer ver qué reacciones han producido en la Península los desvíos que la política de concordia ha sufrido por el hecho de ser la Esquerra Catalana el partido dominante en la región catalana. Estos desvíos han originado las dificultades que se observan en los momentos actuales. En estas circunstancias, pues, se producen dos hechos graves, que pueden tener incalculables consecuencias: si no se da personalidad autonómica

*“La antipatía que tiene la Esquerra en todo el ámbito peninsular, producida por sus errores”*

a Cataluña, se envenenará a la opinión catalana con lo peor que puede existir en la vida política: con el angustiado malestar que se produce cuando se observa el incumplimiento de un compromiso, de un pacto. Del otro lado, se produce un hecho igualmente grave. La indudable antipatía que tiene la Esquerra en todo el ámbito peninsular, antipatía producida por

los errores políticos de este partido, ha causado en toda España la sensación de que la cesión por parte del Estado de alguna de sus atribuciones es fomentar el separatismo y favorecer, no a Cataluña, sino a un determinado partido. Si se da el Estatuto, o parte de él –para el caso es igual–, la opinión española se rebelará contra este hecho de abandonismo y echará en cara al régimen las veleidades que ha sentido por la Esquerra Catalana.

De manera que podría darse el caso de que saliéramos de la discusión del Estatuto, de un lado, con una Cataluña disgustada, inquieta y dolorida y, de otro, con una España sufriendo como si le hubieran amputado uno de sus miembros más importantes. Podríamos salir de esta discusión sin que nadie se encontrara satisfecho y, por el contrario, todo el mundo agraviado. Tan mal han sido planteadas las cosas, tantos errores se han cometido de una y otra parte, que casi puede tenerse por seguro que estamos abocados a este lamentable resultado. Lo cual forzosa mente será sentido en la raíz sentimental y producirá consecuencias profundas, y decimos profundas porque el único problema de esta calidad que existe en esta península es el de su organización interna. Y he aquí donde hemos llegado por haber abandonado el único método posible de planteamiento del problema: el método de la concordia.

Toda persona que sea capaz de elevarse del terreno político anecdótico a una perspectiva histórica comprenderá la gravedad que puede tener para el régimen el que éste quede involucrado con la insatisfacción de los particularismos regionales. La monarquía no comprendió esto, y las consecuencias están a la vista de todos. Lo cierto es que la crítica del Estado, hecha generalmente en la periferia por las personalidades regionales, ha tenido una corrosividad frente a la cual no ha resistido

nada. Por ello, es de suponer que los directores más responsables del régimen tienen un interés paralelo o coincidente con la cesación de las confusiones más lamentables. Si Cataluña no recibe nada, se desinteresará del régimen. Si los puntos de vista sentimentales mantenidos en el resto de España no son suficientemente aclarados y no son tenidos en cuenta, el problema del régimen se planteará de esta parte. Hay que poner, pues, las cosas en un terreno de franco diálogo. La atmósfera enrarecida que respiramos desde hace unas semanas ha de ser purificada. Esto ha de ser obra, principalmente, de los políticos. Si los políticos están a la

*“La República no estará consolidada hasta haber dado cima al problema catalán”*

altura del problema, éste puede aún encauzarse. Si su personalidad microscópica se deja superar por el apasionamiento general, ha de preverse la apertura de un periodo de grandes dificultades. El señor Azaña, presidente del Consejo de Ministros, tiene razón al decir que la República no estará consolidada hasta haber dado cima al problema catalán. Se podría completar la frase diciendo que no sólo no estará consolidada la República, sino ningún político republicano. Éste es el problema de nuestro tiempo en esta península. Del problema depende que el país tenga o no la sensación de que el régimen dispone de servidores capaces de engrandecerlo, de avivarlo y de administrarlo. La cuestión es de esta magnitud, y frente a ella no valen trampas ni procedimientos de abogado.

JOSEP PLA

LLÀTZER MOIX

## Los intereses

En la España del siglo XXI la expresión “interés general” se asocia al fútbol. Tanto habló Álvarez-Cascos de las retransmisiones televisivas de partidos por su presunto “interés general”, que hoy se relaciona dicho concepto (el interés para el conjunto de la ciudadanía) con la opción particular de tumbarse en el sofá, ante la tele, bien provisto de cerveza, para ver fútbol.

A decir verdad, el término *interés* llama a confusión de antiguo, puesto que admite acepciones muy dispares. La misma palabra nos sirve para denominar el gusto, digamos, por la pintura, y los réditos abusivos que nos exige un usurero. Un tipo interesado puede merecer nuestra mayor consideración –si está interesado en auxiliar a los desvalidos– o nuestro reproche –si sólo le interesa medrar y saciar su codicia–. Los intereses, en suma, pueden ser legítimos (acordes a derecho) o creados (egoístas y tirando a mafiosillos).

Uno de los efectos perversos de esta indefinición semántica es el que nos conduce a la confusión entre intereses particulares y colectivos. Porque si bien puede ocurrir que el interés particular produzca un colectivo –Adam Smith creía que “es al perseguir el propio interés cuando el individuo promueve el de la sociedad”–, resulta inadmisibles que, so pretexto de actuar en favor de la comunidad, no se busque sino el lucro privado.

Durante las dos últimas semanas hemos asistido, incrédulos y aliviados, a una operación policial en Marbella largamente esperada: la detención de una cuerda de ediles, con la alcaldesa al frente, todos ellos discípulos del nada añorado alcalde Gil y Gil –el de “estoy en política para hacer negocios”–, acusados de convertir la administración pública en explotación particular. Las imágenes de estos funcionarios públicos camino de la cárcel (tras ser sorprendidos en su viaje nupcial, convalenciendo de una operación de cirugía estética o remoloneando en fincas multimillonarias) han sido motivo de honda satisfacción para el conjunto de la ciudadanía no tarada.

LOS intelectuales deberían ser más combativos con los desmanes del poder corrupto

Pero, por desgracia, muerto este perro no se acabó la rabia: el uso del poder público en beneficio particular es un fenómeno al alza en las sociedades que se tienen por democráticas. En Italia, donde el problema tiene una dimensión nacional,

gracias al primer ministro Berlusconi, los escritores y pensadores están ya haciéndose oír. No es ajeno a esta protesta el hecho de que Berlusconi suela legislar para todos guiado por su afán particular de escapar a la justicia. O que, ante las elecciones de hoy, haya usado sus medios privados en favor de su campaña electoral (sus cadenas televisivas llegaron a dedicar el 65% de la información política a Forza Italia, el partido berlusconiano, y el 3,5% al de su rival Romano Prodi).

Autores como Magris, Tabucchi, Fo o Camilleri se han manifestado ya contra este modus operandi. Umberto Eco, en su obra *A passo di gambero*, ha denunciado “la instauración (por parte de Berlusconi) de una forma de gobierno populista, sostenido mediante unas empresas de comunicación privadas que defienden intereses políticos”. Y no le ha ido mal: lleva ya 120.000 ejemplares y seis semanas en las listas de libros más vendidos. Por ello, acabo animando a los intelectuales españoles a asumir una posición más combativa ante los desmanes del poder corrupto, ya sea guiados por el sacrosanto interés colectivo o, incluso, por la posibilidad de obtener un beneficio particular como el atesorado por Eco con su exitoso libro.●

## Febrés recopila todo lo que se ha escrito sobre Pla desde que murió, hace 25 años

AINA ARTOLA

BARCELONA. (Redacción.) – En el año que se celebra el 25.º aniversario de la muerte de Josep Pla, varios libros recogen nuevos puntos de vista sobre el escritor catalán. Es el caso de *Les preguntes pendents de Josep Pla*, de Xavier Febrés, publicado por L'Esfera dels Llibres. La obra recoge la visión que se tiene de Pla ahora, 25 años después de su

desaparición. Se trata, según el editor Fèlix Riera, de una “puesta al día de la figura de Pla, que hace lo que muchos otros libros sobre él no hacen, meter el dedo en la llaga, ahondar en los temas más polémicos que rodearon la vida y la obra del autor”. “Somos un país pequeño, con una literatura pequeña, donde las biografías se hacen pasito a pasito”, dice por su parte el autor. El libro recoge “todo lo que se ha

dicho durante los 25 años que han pasado desde la muerte de Pla y construye una biografía atípica que empieza el día de la muerte del protagonista”, afirma Febrés. Para hacerlo, retrata la batalla por el acceso a los manuscritos de Pla, reconoce la importancia de Bertomeu Bardagí (corrector lingüístico de gran parte de su obra), indaga en la relación de Pla con las mujeres, aborda el tema de la censura y posterior destruc-

ción del manuscrito original de *Notes per un dietari*, además de reflexionar sobre la supuesta hija secreta del escritor y la no concesión del Premi d'Honor de les Lletres Catalanes.

Otra propuesta es el libro de Eliseu Carbonell *Josep Pla: El temps la gent i el paisatge*, con el subtítulo *Una etnografía de l'Empordà franguejant la literatura*. La obra reflexiona sobre el contenido de la literatura del escritor catalán, que pretende ser un retrato antropológico de la sociedad ampurdanesa y, por extensión, de la catalana.

Carbonell, que actualmente lleva a cabo en Canadá una investigación sobre la eutanasia, explica que “ge-

neralmente, hay mucho interés por la persona de Pla, por su vida o por el valor literario de su obra”, pero que “aún no se había explorado su obra fijándose en el contenido antropológico que contiene”. Eliseu Carbonell afirma que “la faceta imaginativa de su obra se sustenta sobre una profunda observación de la realidad que le rodeaba”, una observación que, “como todas las observaciones, no puede ser neutra, ya que está influida por la formación y la procedencia social del observante”, pero que, “al proceder de una persona muy culta, puede considerarse la de un antropólogo que, a la vez que observa, elabora un retrato crítico de su tiempo”.●